



LAS TELAS DE LOLA

Recuerdo las manos callosas de mi madre cosiendo entre hilos su historia de vida, como las prendas que confeccionaba. Toda una vida dedicada a la costura en un pequeño taller de la Calle Huertas. Empezó a trabajar con veinticuatro años, contratada por un amigo de su padre en este taller en el que pasó casi toda su vida entre telas y retales. Los últimos años en el taller movían mucha carga de trabajo, sus clientes eran habituales y acudían específicamente a ella, si Lola no estaba la dejaban el recado. Recuerdo incluso que la vuelta de vacaciones suponía el doble de trabajo porque tenía arreglos pendientes que la habían ido dejando, y tenían que ser sus manos quien cosieran esos hilos. Mi madre llegó a pedirle a su jefe un cambio de taller, ya que éste tenía dos más en la ciudad, pero siempre era la misma respuesta “Lola, si te vas de esta tienda los clientes se irían contigo”. A su cuerpo dolorido de tantas horas frente a la máquina de coser no le quedaba otra que aguantar los años que quedaban para jubilarse.

El taller donde trabajaba no era grande, pero se había convertido en su hogar y, muchas veces, también en el mío. Recuerdo mi infancia allí dentro, los largos veranos en los que el olor del café amargo de mi madre cada mañana me despertaba, y me entretenía esperando el sonido del tren que pasaba a mediodía. Mi infancia no fue igual que la del resto de niños, nací con espina bífida funcional, lo que ha limitado mi capacidad de movimiento durante toda mi vida. Cuando salía de la escuela, mi madre me llevaba al centro de rehabilitación, y al salir cogía un autobús para volver al taller y esperar a que finalizara su jornada para volver juntas a casa. Crecí rodeada de hebras y retales, y me encantaba ayudarla en cada encargo que entraba al taller, guardaba los hilos en el costurero, los clasificaba por colores y colocaba las cajas de costura en la estantería, clavaba las agujas en el alfiletero de tela que ella usaba para que no se perdieran, y escogía las telas que más me gustaban, para que mi madre confeccionara en sus ratos libres algún atuendo para que yo pudiera ponerme.

Había días malos en los que me frustraba no poder vestirme como el resto, era incapaz de ponerme pantalones vaqueros, no podía abrocharme el botón de las blusas, y me resultaba imposible ponerme las zapatillas. Entonces, mi madre se perdía entre sus telas y volvía con algo hecho para mí, era experta en cambiar botones y cremalleras por velcros, o cierres imposibles por grandes broches, haciendo prendas pensadas para mis movimientos: camisetas con aperturas laterales, pantalones con cinturas elásticas y bolsillos delanteros, ropa bonita con la que me sentía bien. Aún recuerdo como me miraba tras el biombo de mimbre que había en el taller, cuando me probaba todas estas prendas, se sentaba en la butaca de la mesa de costura y me decía: “ay cariño, estás preciosa, tú también mereces sentirte bien con lo que llevas”. Todavía escucho sus palabras en mi cabeza.

En alguna ocasión hacia encargos para otras personas que, como yo, tenían movilidad reducida, mientras yo contemplaba como esas pequeñas adaptaciones que mi madre realizaba en las prendas que confeccionaba con tanto cariño, podían transformar la manera en que alguien se veía en el espejo. El esfuerzo de mi madre tras tantos años de dedicación, me hizo entender que no podía medir el valor de su trabajo por lo que producía, sino por cómo todo este trabajo transformaba vidas.



Hoy me siento igual de preciosa que en aquellos años en los que entraba en el cambiador y me probaba toda esa ropa que Lola había hecho para mí. Pienso en la inclusión desde la mirada de mi madre en aquellas tardes en las que convertía prendas imposibles en ropas hechas a mi medida, se encerraba en su pequeño taller de costura para hacerme sentir todo lo preciosa que ella decía que estaba en la piel de la vida que me había tocado vestir.